

Josafat

no es tan sólo una profecía.

Mariano Picón Salas

Josafat no es tan sólo una profecía, una promesa de Catástrofe, sino también el nombre de casa donde habité en algún lugar de México. La llamé así por las cosas que me acontecieron hasta llegar a esta tierra de olvido, promisión y arrepentimiento. Nunca como aquí se me hizo palabra viva la letra de los libros sagrados. No le temo a Josafat, y mi cuerpo y mi alma se han ido descarnando para el día en que llegue la esperada muerte de los que todavía vivimos y la resurrección de generaciones y generaciones de muertos. Los sucesos que narraré —por expiación de la conciencia más que por ganas— nos prepararon a Evelyn y a mí para acudir a la cita apocalíptica. Nos aconstumbramos a lo peor; aprendimos con estos buenos indios mexicanos la austeridad de lo más simple (no bastaría una mazorca de maíz tostado, unos “chiles” en la ázima tortilla, un atole con cacao para conservar la existencia —que ya va larga—, hasta que Dios quiera).

Conocemos la vida porque fuimos dichosos, quizás ahora hemos vuelto a serlo, y podemos decir a las gentes que conversan con nosotros en el mercado indígena, bajo los soportales donde venden frutas, legumbres y cacharros, que ya nada puede asombrarnos. La aldea, tan pequeña y tan coloreada como un sarape, se recuesta a la sombra amenazante de los próximos volcanes y desde allí parece que quisiera hablarnos entre nubes, truenos y pedruzcos de granizo, el nuevo Jehová. ¡Qué hicisteis con lo que os di, con los tesoros y bienes de que esmalté la tierra? Acaso nos preguntaría con la misma voz con que habló a Moisés, hace miles de años.

El pastor protestante que vive en las inmediaciones viene con su gastada biblia a conversar conmigo; me comunica los planes misioneros para captarse a los indios, recelosos y desconfiados; discuto con él porque me da una interpretación demasiado literal y formalista de las escrituras y no entenderá jamás el testimonio de poesía y de misterio que surge del venerable libro. “Ustedes también son culpables porque racionalizaron la revelación y no se diferenciaban mucho con su seco pragmatismo de aquellos hombres de negocios, bien afeitados, seguros y confortables en el progreso del siglo XX, que recorrían el mundo antes de los hechos que acontecieron”. Y el pastor aún no se da cuenta –su doctorado de un “college” norteamericano se lo impediría– que ahora el mundo está tan huérfano como en aquellas vísperas europeas del año mil entre pueblos famélicos, señales en el cielo y piratas feroces de cabellos rojos que aparecían en las costas e iban a beber el último vino de los cálices sagrados.

Siempre fuiste poeta y aún no entiendes la religión como dura regla ética porque te alucina el esplendor oriental de la metáfora, bíblica y prefieres el aliento tempestuoso de la profecía al orden intelectual que impuso al Cristianismo en Occidente. Eres como un cristiano de antes del Concilio de Nicea. Te debiste quedar en el Mediterráneo oriental o ser arriano o gnóstico. Por eso no puedes entender ni la escolástica ni el Calvinismo –me replica el Pastor.

Y como acaso vamos a sumirnos en áspero debate, Evelyn, la buena Evelyn, acude a conciliarnos con el “bourbon” quemado de azúcar y especias que tomábamos en nuestras lejanas navidades en los Estados Unidos. Lo que queda de humano en nosotros aflora sobre lo dogmático. El pastor y yo tenemos recuerdos comunes; ambos nacimos en Massachussetts que esperaba ser la nueva Sión norteamericana; integramos los mejores “teams” de football en nuestros respectivos colegios, leímos a Emerson, amamos diversas muchachas rubias y en los veranos de hace tanto tiempo nos encontrábamos en aquellas playas de Cap Code, romántico mar de balleneros, de poetas solitarios, de insomnes heroínas de Longfellow. En Cap Code –en unas

vacaciones de estudiantes— escribí los primeros versos para Evelyn. Era una poesía ingenua (nunca pude ser buen poeta) pero recuerdo las primeras estrofas:

Sube la miel como mi sangre en la savia nueva de este bosque de arces. La brisa desplegó tus cabellos y vibró como en las jarcias del velero la distancia que hice para encontrarte. Te llamé con el viento; te olí en las algas de todo naufragio. Venías por el mar, salvada de los dragones, pero hechizadas de mí, como Isolda. Y una estrella se había detenido en este cielo de Nueva Inglaterra marcando el camino de nuestro corazón. Ahora estamos bajo este pequeño y dulce reflejo mientras para la eternidad por nuestras manos.

Me besaste, entonces, Evelyn —recuerdo a mi vieja mujer— y ningún beso me supo a tan completa fidelidad como ése de nuestros diez y ocho años. Pero como esos barcos balleneros que salían de Cap Code e iban contradictoriamente a Terranova o al Perú, qué de tempestades y años cayeron sobre nosotros!

Como si no quisiera enternecerse con nuestro relato (lo oyó fragmentariamente muchas veces), al Pastor apura su último sorbo de “bourbon” y pretexto su obligación de marcharse. Hace frío, a pesar de la leña ya mortecina de nuestra chimenea y el viento —lo llamo el viento de Jehová porque baja de los volcanes— empieza a aporrear los pequeños sembrados de coles, lechugas, cebollas y espárragos que rodean la casa.

—Lloverá esta noche— dice el Pastor.

—Lloverá— le contesto casi automáticamente.

Con la linterna le ilumino el camino entre los “pirús” y los eucaliptus hasta que llega a la blanca carretera, a la ruta de autobuses que van a Puebla, México Oaxaca.

Regreso a la casa; cierro bien las puertas pues empieza a crecer el viento y duermo junto a mi fiel Evelyn. ¡Tantos años que duermo con ella! Desde que ocurrieron aquellos sucesos nunca he dormido con otra mujer, y ella es el pedazo de mundo, de verdad y encanto salvado del universal desastre. La Eva que pecó con Adán, pero le dio también compañía y le brindó su cuerpo y su alma para que sembrara y yaciera como en tierra quieta; como en mansa heredad de aguas vivas. Ya el tiempo calmó la lujuria juvenil, cuando éramos como potros fogosos deseosos de alcanzarse, disparados hacia una loca meta de delicia donde llegábamos con el corazón aceceante. Más cuando estamos juntos y ni el lino de las sábanas nos separa, siento ante ella la más dulce identificación. “Ahora todo depende de ustedes mismos” debió decir Jehová a la primera pareja al expulsarla del Paraíso. Y como Evelyn y yo, para poder sobrevivir tuvimos que concedernos, tolerarnos, acostumbrarnos hasta llegar a este

amor sin duda, ni borrasca. Un amor que es la última herencia salvada por los que todos lo perdieron. ¿Habrá muchos otros matrimonios en el mundo que comprendan como nosotros la verdad de la revelación, la semilla de bien que se guarda en las escrituras?

Mientras sopla el viento —este viento nocturno, un poco diabólico que baja de los volcanes como enfurecido caballo negro y golpea tan malol en las pequeñas “milpas” de los indios— y la pobre Evelyn se ha quedado dormida, yo recuerdo y ato las palabras de mi relación. Los propios indios para quien el tiempo no tiene las censuras y los cambios que les imponemos las llamadas gentes civilizadas, me enseñaron este extraño orden divino del acontecer en que la memoria del pasado actuará en los hechos de mañana, y los hombres y nuestro afán no somos ni el polvillo de arena que quedó en el borde de la clepsidra. O es que los sucesos acontecidos.

En los años que precedieron a la catástrofe estuve a punto de convertirme en un ser completamente inhumano. O el soberbio egotismo se nutría de mi salud de animal fuerte y de la conciencia de mi eficacia. Si en mi generación hubo hombres más sabios e inteligentes, ninguno manejaba con más ductilidad y acierto los recursos con que nació, o de que le dotara el aprendizaje. Eso que se llamaba pedantescamente la civilización amobló mi cerebro y templó mi voluntad para responder a las solicitudes de un mundo perplejo y exitado con la misma prontitud y seguridad con que responderían a los más complejos cálculos matemáticos las primeras máquinas “robot” que se inventaron por ese tiempo. Aun mi amor por Evelyn que me esperaba con sus libros y las flores de su jardín en una granja de Nueva Inglaterra, debía esperar y sacrificarse a más inmediatos y violentos triunfos mundanos. ¿A qué preocuparse por lo que era demasiado seguro? Un día en que necesitara descanso o me provocase un viaje de estricto placer, me casaría con ella. Entretanto prefería mostrarme como hombre un poco diabólico, con la imaginación y el ánimo siempre tenso cada día disparado en nuevas estrategias e iniciativas. “Colecciona tarjetas postales de los sitios que voy visitando; celebra —como si fuera el mejor campeonato atlético de mis días de colegio— los riesgos que experimento y no tengas celos de las mujeres fugaces con que a veces me acuesto en los hoteles de una ciudad desconocida. Las tomo con la misma necesidad física con que uno se da un baño, penetra en un cine de actualidades o se bebe un trago en la barra del bar, mientras llega un amigo. Tú eres lo permanente, y las otras apenas pasan por mi vida, señalan los kilómetros de un viaje como esos rótulos de ferrocarriles y hoteles que se adhieren a las valijas.

Dicen San Francisco, Londres, París, Amsterdam, Nueva York. Se juntan un poco con los retratos que marcan la serie de mis operaciones y mis andanzas: retratos de estudiante en Harvard cuando me sentía un poco poeta; de deportista, de hombre de negocios, de diplomático en misión confidencial, de promotor de empresas. Máscaras y vestidos para afrontar con bizarría la representación en el drama terrestre y para que otros actores no se apoderen de nuestro papel. Pero para ti, entre tantos cambios y disfraces, entre la importancia, el respeto y la buena o mala fama con que me vaya adornando el mundo, sigo siendo el mismo muchacho que se fue contigo bajo los árboles de la Universidad, te invitó a tomar un refresco en la cafetería y te dijo que le gustaba tu sonrisa, tus piernas, la perfecta caligrafía de tus cuadernos de clase, tu manera de decir los versos de Keats. Creías en la belleza y la bondad humana; creías que las almas eran tan limpias y luminosas como esos prados y colinas de Nueva Inglaterra cuando acaba el verano y el próximo otoño empieza a encender sus violentos bermellones. Yo en cambio, Evelyn, creo en el mal; en el lado más nocturno y siniestro de la naturaleza humana, y por eso nos completamos. Sigue perfeccionando tu condición de ángel; sigue leyendo a Keats, mientras yo acabo de adiestrarme en mi oficio de dominador de intereses o de hombres. Tú crees en la poesía, mientras yo creo en la fuerza y el poder. Pero, por eso mismo, eres para mí la evasión perfecta; el otro mundo mejor que no se encuentra entre las gentes codiciosas y frenéticas con que debo tratar”.

¿Cuál es el fin de la vida?, acaso nos habíamos preguntado allá por los finales de la década del 30, cuando ya asomaba sobre el mundo la angustia de la segunda gran guerra. Me gustaba el estudio y entre tantas vocaciones hubiera tenido también la de aquellos caballeros togados, casi litúrgicos en su serenidad, que enseñaban en las aulas las normas ideales de un mundo ideal, o lo poco de belleza y consuelo que puede recogerse después de una larga peregrinación entre la injusticia, violencias y ferocidad de toda Historia. ¿Qué tranquilo, qué higiénico, acaso, seguir glosando a Platón o leer los versos de Chaucer en aquellos falsos claustros góticos a los muchachotes sanos que acaban de jugar a la pelota y atravesado la piscina con velocidad de delfines? O había también un goce —para quienes renunciaron a las otras conquistas del mundo— en dedicarse a ver y conocer esos tesoros guardados que denominamos Cultura. La Biblioteca estaba atiborrada de libros, y el ser más exigente y maniático hubiera reconstruido en ellas el más mínimo y desconocido capítulo del proceso humano. Se leería el olvidado testimonio de un escriba egipcio; las palabras con que Eknaton cantó al sol como dios único; un contrato de mercaderes babilonios en tabletas de arcilla, el himno de un trovador medieval, las confidencias de un monje hereje.

Estudiaríamos las razas que pueblan la tierra, los millares de lenguas que habla la confusa muchedumbre terrestre y las plantas y animales exóticos de Ceilán y Kamtchaca. Y papeles que nadie ha visto y comentado todavía, rúbricas y cartas de otras épocas con el polvo y la tinta desteñida de conquistadores, exploradores, tiranos, filósofos, poetas. ¡Cómo se basaban los ojos de los eruditos o proyectaban sus lupas o llevaban los documentos a las salas de microfilm para reconstruir esas palabras centenariamente muertas!

Pero estudiar sólo por el goce erudito o la serenidad de ánimo —que encomiaban los moralistas— nada decía a nuestra ávida generación. Y cuando aprendí idiomas, libros de Historia, Economía o Estrategia Política, buscaba tan sólo medios para conseguir poderío e influencia. Cada “cum laude” que me otorgaba la Universidad me parecía un escalón hacia la altísima pirámide donde están instalados los poderosos de la tierra; lo que en lenguaje teológico se llamarían “las potestades y dominaciones”. Y había que ser acerado y frío como una máquina de precisión. Como las máquinas, en aquel terrible engranaje de la sociedad burguesa, los hombres se distinguían por el número de revoluciones que podían lanzar por minuto. Había hombres de 100, de 40, de 20 caballos de fuerza. Había dominadores y subordinados. Y tener la cabeza clara para ordenar las ideas, descubrir cada situación nueva, alternar con las gentes y hacer que nos obedezcan y nos sirvan, y un cuerpo robusto que no se afecte por la deformante pasión y los malos humores era nuestro arquetipo de vida. Porque habíamos dejado de creer en Dios —aunque ritual e hipócritamente íbamos cada domingo a la iglesia presbiteriana a cantar nuestros salmos (no convenía ser, en público, anti-religioso)— confiábamos en la Ciencia, los Deportes, las Vitaminas. El éxito en la vida era en gran parte fortaleza y entrenamiento, y para lograrlo no desdeñábamos aquellos aprendizajes y tácticas que puso de moda la educación de la época. Hablar bien, hacerse amigos, penetrar en los clubes y círculos más exclusivos, y moverse con soltura entre el aparejo cuantitativo de cifras, estadísticas y negocios en que se edificaba la civilización. Todo se medía por cantidades y los miles de dólares que recibía el financiero, el empresario, el político, el escritor, marcaban su eficacia y utilidad social. Adaptarse al mundo como estaba hecho o como estaba haciéndose en horas de trabajo, producción de las usinas, operaciones de bolsa, propagandas, compañías anónimas y enredos de los políticos y los millonarios, o bien ir a romperse la cabeza, fracasar y amargarse contra un muro de imposibilidad era el único y terrible dilema. Pero si un siglo antes —quizás hasta 1830— hubo gentes demasiado sensibles (...)

Entonces, en esos cambios de opiniones y excitaciones que marcan el tránsito de la adolescencia a la plena adultez, tuvimos unos proyectos que para la norma media de la vida norteamericana y los usos de la universidad, resultaron demasiado extravagantes. Era como otra fiebre de primavera que afectaba no sólo los cuerpos jóvenes sino también las almas. Ya no nos bastaba ser excelentes zagueros en el “base-ball” y llevarnos, para abrazar y besar, a las muchachas en el bosque de pinos, bajo la luna de primavera. De tanto ponerse retraídos y cavilosos algunos compañeros comenzaron a usar anteojos o sacaban de la biblioteca los más abstrusos libros: Spinoza, Hegel, Leibnitz. No nos bastaban las explicaciones demasiado claras del Universo que nos ofrecía el tradicional pragmatismo y neopositivismo americano. De Europa había venido un profesor que explicó durante un semestre la filosofía de Kierkegard. Pero a la angustia metafísica de aquel pensador solitario sumábase el trágico testimonio de persecución y oprobio que traían esos hombres del viejo mundo que se evadieron de los campos de concentración y de la lívida cacería a las conciencias impuesto por el nazismo. No era un lugar común decir que la cultura y el espíritu humano estaban en crisis, aunque por aquellos años circulaban más trenes atestados de mercancías por los Estados Unidos; de los muelles de Boston salían más barcos y en New York se erguían más rascacielos y proyectábase una inmensa feria mundial en que habría de demostrarse el triunfante desafío del hombre a la naturaleza y el paso conquistador con que penetra en la historia venidera.

Porque nos molestaba tanto optimismo —el de los periódicos para las masas, el de las películas de entonces en que siempre la sufrida y virtuosa Cenicienta termina por casarse con el príncipe y hasta los “gánsters” podían revelar en ocasiones, sentimientos humanitarios— proyectamos una revista de jóvenes en que se revelara nuestro descontento con el mundo que heredamos. Se llamaría “crisis” y la influencia fresca de nuestras lecturas de Kierkegard, de nuestra juvenil y reciente ánimo de protesta se volcaría en sus páginas. Fuimos a consultarlo con el “Dean” de nuestro “college”; el que tenía que atender cada semana, bajo un retrato de Emerson, las preguntas de los estudiantes.

Nos escuchó inmutablemente; mandó buscar té, y mientras con la más perfecta cortesía puritana nos servía el brevaje y nos convidaba a arrellarnos en las poltronas de cuero, comenzó a hablar:

—Ustedes sólo tienen la confusión que todos padecemos al final de la adolescencia. Quizás han leído demasiado y no equilibraron bien, en el último tiempo, el estudio con los ejercicios físicos. Todavía no comprenden qué busca y aspira esta prometedora

civilización norteamericana y le aplican los módulos y métodos de una angustiada Europa. Nosotros somos el primer pueblo de la tierra, la ancha tierra de promisión que ha comprendido que a través de la diligente acción humana y del bienestar material, se llega también al espíritu. Adaptarse al ambiente y colaborar con alegría al trabajo, de los millones de hombres que no cesan de hacer este país es nuestra mejor lección frente al individualismo aristocrático y sombrío de algunos pensadores europeos. Ese Kierkegard de que ustedes me hablan y que si se enseña en la Universidad es por el deber de la cultura de informar sobre todo, de presentarlo todo (y así somos la tierra más liberal del planeta), ese Kierkegard fue uno de los tantos poetas románticos que nunca pudieron poner en paz su alma con el mundo y que frecuentemente se suicidaban en la turbulenta Europa del siglo pasado. Ustedes son demasiado ágiles, útiles y sanos para querer suicidarse o adolecer de precoz angustia. Nuestro país lo necesita. Acaso –si saben obrar– a ninguna generación se abrió un destino más atentador. Los Estados Unidos maduran para un opulento, indeclinable Imperio mundial. Acaso –y es un fruto de la civilización norteamericana, de lo que ustedes llaman impertinente nuestro “pragmatismo”, nuestro “neopositivismo”– será un imperio pacífico, diverso de aquéllos que ensangrentaron la Historia. Se basará en la técnica y en la industria, en la circulación de todos los productos por el haz de la tierra, en las invenciones de comodidad y bienestar que el genio de nuestro pueblo ha ofrecido al mundo. Porque fueron pacíficos, prolíficos y laboriosos y cada hombre con su hacha iba abriendo su camino, Dios premió a aquellos granjeros puritanos que vinieron a establecerse en estos bosques de Nueva Inglaterra. Mejor que los israelitas al salir del Faraón tenían por delante la promesa de un continente entero. ¡Y qué bien hemos correspondido en palabra y obra, a la protección y favor de Dios!

¿Qué otra democracia impetuosa, sana, alegre e inventora puede compararse con la nuestra en todo el haz de la tierra? ¡Qué pequeñas las utopías sociales de otras épocas a lo que nuestras gentes supieron hacer en esta tierra privilegiada! Nueva York supera a la más fantástica “Ciudad del Sol”. Nunca, todos los humanistas y los enciclopedistas de Europa pudieron reunirse en una Universidad como Harvard. En el más pequeño “drug store” norteamericano donde ustedes van a beber refrescos y comprar aspirinas, se guardan más secretos y maravillas que en todos los laboratorios de los viejos alquimistas. Por unos pocos centavos se obtienen cosas mejores que la piedra filosofal. ¿Las cambiarían, ustedes, jóvenes perplejos por la celda del Dr. Fausto? Nuestra civilización ya ni siquiera necesita del diablo, porque domesticó y las puso al servicio de inmensas muchedumbres, todas las fuerzas demoníacas que yacen en la naturaleza

humana. Se toca un botón eléctrico y se mueven las largas caravanas de trenes de la línea "Baltimore Ohio" o se cierran y abren las compuertas de un canal. Y hasta el ridiculizado Mr. Babbitt cuando se rapa las barbas, cada día con la maquinilla eléctrica, realiza un milagro un cotidiano milagro que hubiera sido incomprensible hace cien años. ¿Trocarían ustedes todo esos bienes que hemos conseguido, el seguro fruto de nuestro éxito por una aventura en la negación y el vacío como esa de que ustedes me hablan?

Acaso antes de rechazar lo que los hombres viejos consideramos respetable, convenga que conozcan el fuerte y generoso país que les dio el destino, la oportunidad humana que jamás tendrán esos amargados profetas del pesimismo europeo que ustedes admiran tanto. Conozcan esta tierra en su majestuosa y henchida inmesidad desde los Alleghany hasta las Monrañas Rocosas; remonten el Ohio, el San Lorenzo, el Mississipi, sientan el frío viento de Wisconsin moviendo las praderas; contemplen en la ilimitada llanura parda de Texas los rebaños y las torres de petróleo; vean las ciudades nuevas que brotan del desierto, conversen con toda esa gente, granjeros, vaqueros, inventores, mecánicos, químicos, agrónomos, maestros de escuela que en un día de invierno con buen sol están comunicándose sus experiencias y prestándose amistad y servicios en cualquiera pequeña ciudad de los Estados Unidos. Cada uno con el trabajo de sus manos y de su imaginación aspiró siempre a mejorar la herencia que recibió de sus mayores. Llevaron más tractores a su granja; seleccionaron mejor las semillas, hermosearon el jardín o pintaron la casa, llevaron sus hijos, hermosearon el jardín o pintaron su club y nunca estaban ociosos porque cada día parecía acicatearles y desafiarles una nueva empresa. Escriben cartas, leen periódicos, consumen vestidos y alimentos y gasolina para sus carruajes como ninguna otra humanidad que hasta hoy haya habitado el planeta. ¿La desdeñaremos porque es más confiada y menos resentida que aquellos otros seres crispados de angustia que les describen los libros europeos?

Y conduciéndonos hacia la puerta de salida, agotado ya el té y el caudal de sus palabras, concluyó el viejo profesor:

—Sobre todo, muchachos, traten de no fracasar. Lo que hasta ahora no perdona nuestra habitual Ética norteamericana es el fracaso. Fracasan quienes no saben adaptarse al ambiente y en una sociedad democrática como la nuestra que ofrece oportunidades a todos, se entregan a la pereza u ofenden al comun de los hombres

con su excentricidad y su soberbia. Es la manera de igualdad de que habla el Evangelio.
Es si ustedes quieren— la forma yanqui de entender el Sermón de la Montaña.

Nos dio risueñamente la mano y volvió a sentarse en su silla de sumo consultor de inquietudes adolescentes, bajo el retrato de Emerson.

México 1950.

Este texto hasta ahora inédito ha sido cedido a *Actual* por Delia Picón de Morles, hija del escritor quien lo localizó en el archivo personal de éste.